

¿Y usted qué hace aquí?

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Esta pregunta debió hacerse en su fuero interno François Hollande al ver a Benjamin Netanyahu en la cabecera de la manifestación contra el terrorismo yihadista celebrada en París el pasado 11 de enero. Según reveló la prensa israelí pocas horas después del magno acontecimiento, el asesor de Seguridad Nacional del Elíseo había comunicado a su homólogo hebreo el deseo de que el primer ministro de Israel no acudiese a Francia. El objetivo era que el conflicto israelo-palestino no acaparara protagonismo y menos aún que aquél aprovecharse la ocasión para hacer electoralismo. Al parecer, tanto Netanyahu como Mahmud Abás, presidente de la Autoridad Nacional Palestina, decidieron quedarse en casa atendiendo a los deseos de las autoridades galas. Sin embargo, y una vez que esta decisión ya estaba tomada, las cosas cambiaron cuando se anunció la presencia en la capital del Sena de Neftali Bennett y Avigdor Lieberman, dos rivales directos del premier israelí en las próximas elecciones legislativas del 17 de marzo. Fue entonces cuando, incumpliendo lo acordado, Netanyahu decidió presentarse allí y hacer lo que se temía: electoralismo puro y duro. Aparte de estar a la cabeza de la protesta e incluso marcarle el paso al propio Hollande en algunos momentos, no tuvo mayor ocurrencia que hacer una llamada general a los judíos franceses para ver en Israel su posible “hogar”.

La verdad es que me resulta bastante difícil pensar en Netanyahu como un mandatario comprometido con los valores de la República. Su partido, el Likud, es una formación muy próxima a la extrema derecha. Y, de hecho, recientemente ha roto la coalición de gobierno por las posturas disidentes de los componentes más moderados que formaban parte de su gabinete, entregándose a posiciones más ultras aún que la suya. Por ejemplo, a la de Lieberman, el titular de Asuntos Exteriores. En este sentido, me llama la atención el comunicado hecho por Reporteros Sin Fronteras criticando la presencia de ciertos líderes mundiales calificados por esa organización como “depredadores” del derecho a la información. En concreto, en él se citaba al primer ministro turco y a los responsables de Exteriores de Egipto, Rusia, Argelia y Emiratos Árabes Unidos. ¿Pero por qué no estaban en esa lista Netanyahu y Lieberman? ¿Acaso hay que insistir en las condiciones en las que tienen que trabajar los periodistas palestinos en jurisdicción israelí? No sólo eso. Respecto de Lieberman, por ejemplo, basta acudir a la hemeroteca para ver el listado de declaraciones completamente incompatibles con la justicia, la libertad o la democracia, valores todos ellos presentes en el acto de París. Como muestra dos botones: su petición de expulsar de sus hogares a los palestinos que aún residen en Israel o la reciente petición de acabar con el Tribunal Penal Internacional de la Haya. Pero ¿qué se puede esperar de un político tal que vive en un asentamiento de colonos? ¿Acaso Reporteros Sin Frontera no tiene empacho para manifestarse con un dirigente así?

La cosa me resulta más llamativa aún por la polémica surgida por la entrevista en el palacio presidencial entre Hollande y Marine Le Pen, la lideresa del ultraderechista Frente Nacional, poco después de los atentados. Determinados representantes de la izquierda, así como sus votantes, vieron con mucho recelo que Le Pen pudiese manifestarse por las calles de París, interpretándolo poco más o menos como una provocación. Finalmente, para evitar problemas, Marine Le Pen encabezó la marcha de la pequeña localidad de Beaucaire. Es decir, que no se quería a esta dirigente política en la gran manifestación parisina, pero daba igual que un extremista como Lieberman, cuyo discurso racista y xenófobo es bien conocido, se manifestase con la crème de la crème de los grandes defensores de la libertad, igualdad y fraternidad. ¿No parece una paradoja? Sí y no. Porque ni Netanyahu ni Lieberman estaban en la capital francesa para manifestarse por esos valores mencionados, sino simplemente para protestar por el asesinato de los cuatro judíos en el supermercado kosher de la Porte de Vincennes. Como bien sospechaban los dirigentes franceses, habían ido por motivos electorales y para sacar rédito político de esas muertes. Al tiempo que dirigían un mensaje a su electorado, en el fondo muy parecido: que Hamás es lo mismo que Al

Qaeda y el Estado Islámico, que es el aviso en el que están insistiendo reiteradamente, pese a no ser verdad.

La otra cara de su actitud electoralista se centró en los llamamientos hechos a los judíos de Francia, entre 500.000 y 600.000. Para Lieberman, la mejora de la seguridad de los mismos pasa por su emigración a Israel. Lo que implicaría, evidentemente, la creación de nuevos asentamientos de colonos en tierra palestina, es decir, en los territorios ocupados. En definitiva, tanto Lieberman como Netanyahu se refirieron a lo mismo: la “aliyá” o emigración a Israel, sólo matizada por este último en su visita a la Gran Sinagoga de París, cuando Hollande prometió más protección a la comunidad hebrea del país. Afortunadamente, los más importantes líderes religiosos del judaísmo en Francia rechazaron la denominada “aliyá del miedo”. Porque la solución no está en marcharse a Israel, como advirtiera Menachem Margolin, máximo responsable de la Asociación Europea Judía, sino en vivir en Francia o en el resto de los países europeos con las mismas garantías de seguridad que tienen los demás ciudadanos, sean cristianos, musulmanes, judíos o ateos. La República habla de ciudadanos con independencia de la confesión. Y esto es lo que tanto les cuesta entender a dirigentes como Netanyahu o Lieberman, que desean un Estado judío químicamente puro, tan lejos de los valores republicanos que se estuvieron defendiendo en las calles de toda Francia. Ambos dirigentes saben, en cualquier caso, que una emigración generalizada a Israel es imposible, pero como fueron para lo que fueron, alentaron una vez más el discurso del miedo y de la necesidad de Israel como el verdadero Estado que ha de proteger a todos los judíos europeos. Y aunque pincharon en hueso, tampoco se fueron de vacío, ya que los cuatro judíos fallecidos en el atentado del supermercado han sido sepultados en Israel. Lo que todavía me pregunto es por qué. ¿No eran ciudadanos franceses? ¿Tal vez no hay espacio suficiente en el país vecino para esos enterramientos?

22 de enero de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 26 de enero de 2015, p. 16